

LA "OTRA" BIOGRAFIA DE

MICKEY

ROONEY

Por Adolfo MARSILLACH

**H**ABIA una escena preciosa. Y muy dramática. O, por lo menos, a mí me lo pareció. Uno acaba haciéndose un lío con estas cosas. Quiero decir, con esto de los recuerdos. Yo era entonces muy niño y me dejaba impresionar con más facilidad. Me acuerdo, sin embargo, de Mickey Rooney, que estaba apoyado en una farola. Y de que era de noche. Y de que en un reloj dieron unas campanadas y entonces a Mickey —lo recuerdo como si fuera ahora— se le saltaron las lágrimas. Por lo visto, no era para menos. Su padre había cometido un crimen y lo estaban ajusticiando. Aquella noche me costó mucho dormirme y, cuando por fin lo conseguí, tuve pesadillas. Yo no sé si la película se llamaba «El demonio es un pobre diablo», pero a mí el título me «suena» mucho.

Era la mejor época del éxito de Rooney. Hollywood lo había lanzado como la representación del jovencito norteamericano y Mickey se inflaba a ganar dinero. Unos años más tarde sería el protagonista de la serie sobre el juez Harvey y su familia. Estados Unidos aparecía, en aquellas películas, como un asequible paraíso donde todas las cosas agradables eran posibles. Un mundo feliz lleno de tartas de caramelo y zumos de frutas. Un país ideal, en el que los chicos de 17 años tenían unos padres comprensivos y guapos, que les dejaban salir por las noches y les daban unos dólares para gasolina. Un lugar en el que Mickey Rooney tenía una novia monísima que se llamaba Polly, a la que le gustaba mucho que le dieran, de cuando en cuando, un beso en la nariz. Yo —que por aquel entonces ya era ibérico— veía esas películas con admiración. Y con un poquito de envidia. Sobre todo, cuando Mickey llegaba a su casa y, abriendo una enorme nevera, se servía un gran vaso de leche fría. Cosas, supongo yo, de la propaganda americana.

SIGUE



## MICKEY ROONEY

Todo ocurrió de repente. El director se sentó en una silla al lado de la cámara y dijo: «¡Motor!» «¡Acción!» Se abrió una puerta y entró una chica. Era entonces muy joven y muy guapa. Tenía los ojos verdes. Seguramente estaba un poco asustada, pero no lo parecía. Empezó su diálogo despacio, sin prisas, consciente quizá de que una brillante carrera de actriz iba a comenzar. La cámara inició un «travelling» cuando ella se detuvo. Después, ya en primer plano, se sonrió un poquito y se puso de perfil. El director dijo: «¡Corten!» Y todo terminó. Es decir, todo empezó. La prueba fue buena y la chica hizo la película. Se llamaba Ava Gardner y era feliz.

Luego —después de la prueba—, fueron a cenar a un restorán. Y Mickey, a los postres, la sacó a bailar.

—Tenía mucho miedo.

—¿Sí?

—Sí. Estaba muy nervioso. Cuando empezó la prueba, entrelacé los dedos para desearte buena suerte y me puse a rezar. Me hubiera gustado ayudarte.

—¿No creías en mí?

—Claro que creía en ti. Tú lo sabes. Pero no sé, no podía evitarlo. Me aterraba pensar que pudieras hacerlo mal. Quiero que triunfes, que te conviertas en una gran actriz, que seas la mejor.

—Si lo consigo algún día, te lo deberé a tí.

—No es cierto.

—Si lo es. Tú me has dado mi primera oportunidad.

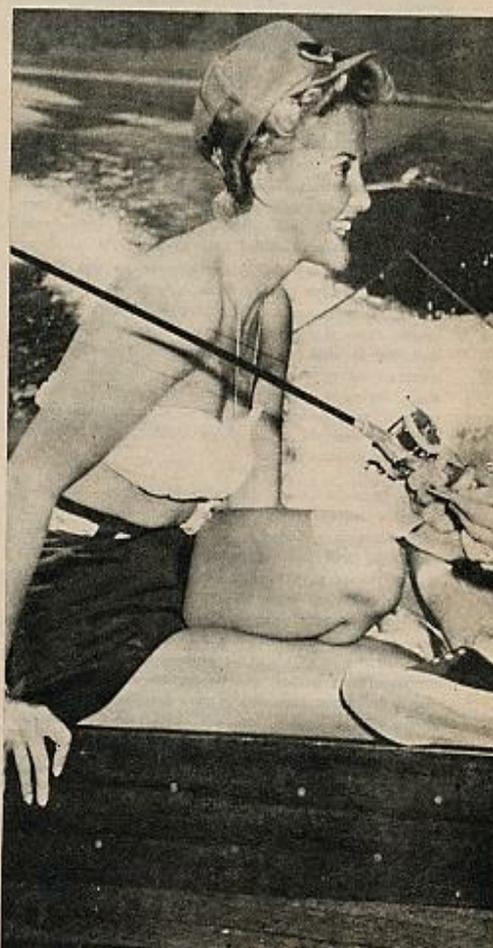
—Te quiero.

Y nada más. Mickey abandonó a la hija de Herold Lloyd con la que andaba tonteando desde hacía unos meses y se casó con Ava. Era el año 1942 y a mí me suspen-  
dian en matemáticas.

Que a un hombre le gusten las mujeres guapas, es normal. Que a un hombre bajo le gusten las mujeres altas, también. Pero más gracioso. Y a mí los matrimonios de Mickey Rooney me divierten mucho. El segundo fue con Betty Jane Rose, una señorita de casi dos metros de estatura, que había sido miss Birmingham. El tercero con



con su esposa ava gardner





con su esposa elaine mahnken



el arruinado mickey y su hoy esposa barbara thomason

Martha Vickers, una rubia despanpanante y el cuarto con Elaine Mahken, modelo de fotografías en Nueva York. De todas se divorció como es lógico y ahora Mickey está casado con Bárbara Thomason, que es una chica un rato sofisticada, que le quiere mucho. Bueno.

Mickey Rooney ha admitido recientemente que está arruinado. Parece ser que por culpa de las pensiones que tiene que pasar a sus ex esposas. Mickey no mencionó en absoluto a la más famosa de ellas, Ava Gardner. Mister Rooney le debe mucho dinero a la Hacienda americana y está en una situación difícil. Tiene 41 años y no ha crecido. Lo que al principio debió ser una suerte para él, se habrá convertido, con los años, en su mayor fracaso. Yo me imagino a los productores de Hollywood pidiendo a algún santo que Mickey no creciera. Los imagino mirando al niño que no conviene que se convierta en hombre. Dándole caramelos, jugando con él a los soldaditos, comprándole balones de colorines. ¡Triste destino de los niños prodigio! Hubiera sido hermoso que Mickey se hubiera quedado en el travieso Puch de «El sueño de una noche de verano» o, todo lo más, en el joven Imberbe que fuma su primer pitillo y se atraganta. En el muchacho trepidante que cree en el Tío Sam y en su sistema. Que baila el último «fox» y que juega al «base-ball». Ma puedo imaginar a los productores aterrados cuando, de pronto, un día, a Mickey le cambió la voz. Cuando se casó por primera vez. Cuando tuvo un hijo, sobre todo.

Mickey había iniciado el camino de tantos otros. El de Freddie Bartolomew, aquel niño triste de «El pequeño lord». El de Shirley Temple, la de «Ojos cariñosos». El de Diana Durbin, la de los «Tres diablillos». El de Jackie Cooper, el de Judy Garland, el de Margaret O'Brien, el de Jackie Coogan... Pero alguien escuchó a los productores. Quizá ese santo al que rezaban con tanta devoción. Mickey Rooney, el actor más cotizado de Hollywood durante tantos años, no crecía. Estaba siempre

igual. No parecía pasar el tiempo sobre él. La serie del juez Harvey a lo mejor, con suerte, no acababa jamás. ¡Pobre Peter Pan del cine americano! Mickey Rooney, el niño cinematográfico que no quiso crecer, envejeció poco a poco. Hoy tiene arrugas en la gruesa papada. Y esas dioptrías que los proyectores de los estudios dejan, como huellas, en los ojos de las estrellas. ¡Triste Peter Pan, enamorado siempre de mujeres altas, álbum de éxitos antiguos, Puch del Fisco americano!

No me gustan los niños prodigio. Me dan pena. No resisten su mayoría de edad. Son víctimas de sí mismos. De su sonrisa tierna, de sus manos pequeñas, de sus movimientos torpes... Las madres del mundo no quieren que crezcan. Los quieren siempre así. No les perdonan que sean hombres y mujeres como los demás. Que sean felices o desgraciados. Que amen y que odien. Nadie tiene compasión de los niños prodigio que crecen de prisa. Nadie se para un momento para ayudarles. Se les abandona a un lado cuando ya no son niños. Se les olvida pronto cuando no son taquilleros. Se les deja morir si su vida no importa.

Morir por dentro, me refiero. Morir en el éxito. En la época del halago, del triunfo... de los dólares. Cuando los perloclos dicen que los niños son grandes actores, como si eso de ser actor fuera un arte mágico que se puede improvisar. Cuando todo el público tiene un gesto simpático, cuando todas las puertas se abren, cuando el mundo es como un inmenso batido de chocolate que no se acaba nunca.

No me gustan los niños prodigio. Me gustan los niños que juegan, los que se ensucian, los que no van a la escuela porque hacen novillos. No quisiera que un hijo mío fuera el primero de la clase, ni que fuera muy sensato ni muy educado, y que dijera siempre que sí o que no en los momentos justos. Me caen gordo los niños prodigio. Por eso siento que Mickey Rooney no haya querido crecer. Porque es un gran actor. Mucho mejor que cuando ganaba tanto dinero. Pero la vida es así, ¡qué se le va a hacer! Siempre habrá una nueva víctima. Siempre un Peter Pan que devore la gente.

ADOLFO MARSILLACH

con su esposa martha vickers